

Madre África, Madre América

*Esteban Emilio Mosonyi*¹

I

Desde que entró en vigencia el término “afrodescendiente”, se han desatado múltiples y diversas polémicas tanto entre los directamente interesados, como más allá de su ámbito. En esta breve contribución nuestra nos centraremos en la dinámica contemporánea que significa replantear —en una nueva coyuntura— la relación entre millones de afrodescendientes, aunque muchos son renuentes a aceptar este nombre, y el Continente de donde procede históricamente esta población; ahora en situación de diáspora, lo que no colide con su innegable arraigo como nacionales de los distintos países americanos. Pese a ello, la relación sociocultural del afrodescendiente, o como se le quiera llamar, con África, no es fácil establecerla en términos claros y menos aún unívocos. Esto ha sido así por siglos y hoy día se está haciendo más problemático, debido a la carga ideológica con que ciertos sectores y movimientos enfrentan el tema. Sería atrevido etiquetar y cuantificar las distintas posiciones, pero es necesario y urgente ocuparnos de una de ellas —en aparente crecimiento— que es la negación total y radical de cualquier conexión entre el llamado “negro americano” —en nuestro caso venezolano— y los pueblos africanos que continúan permaneciendo en ese Continente a pesar de los estragos causados por el repudiable tráfico, el multicolonialismo expoliador de largos siglos, y los demás avatares desestabilizadores que lo mantienen en continuo fermento y ebullición, de lo cual aún no se perciben salidas lógicas e históricamente convincentes.

El antiafricanismo radical sostiene que en Venezuela surgió una nueva y original “cultura negra” que nada tendría que ver con el Continente Africano. Sus portavoces con mayor visibilidad repudian y reniegan de África. Ellos y ellas afirman que en todo ese Continente existían y existen gobiernos “tribales”, los cuales —sin excepción ninguna— practicaban la cacería y venta de esclavos en complicidad estrecha con los empresarios coloniales europeos y otros. Pero sin llegar a tal extremo, la población

¹ Antropólogo y lingüista. Doctor en Ciencias Sociales. Rector de la Universidad Indígena de Venezuela (UIV)

venezolana en su mayoría –especialmente la mestiza con algún componente de procedencia afro– sigue sosteniendo un inocultable escepticismo frente a la idea misma de “afrodescendencia”.

En el mejor de los casos, ese colectivo percibe en África un Continente remoto histórica y geográficamente, cuyas relaciones de cualquier naturaleza con el mundo latinoamericano están en exceso borrosas y –agregan ellos que afortunadamente– diluidas, porque en el fondo prefieren no saber nada de África. Tal ha sido la labor destructiva y corrosiva de las largas centurias coloniales, neocoloniales y pseudo-independientes que han transcurrido bajo la marca de la esclavitud, la servidumbre, la explotación, la discriminación racial y cultural, y todo cuanto nos consta demasiado para tener que echar el mismo cuento. Resumiendo, así como ha sido relativamente fácil, aunque no sencillo, reforzar la idea de la afrodescendencia en las comunidades rurales más estables de este origen sociocultural, oteamos todavía muy cuesta arriba su progresiva adopción por parte de los estratos más urbanizados y, especialmente, en el seno de las clases medias y sectores de clase social alta, que también existen en el abigarrado mundo de la afrodescendencia. No va a ser imposible lograr nuestro objetivo ya que, por ejemplo, la música caribeña y sus correspondientes coreografías, queridas e idolatradas por nuestras grandes mayorías, siempre despiertan simpatía hacia una “negritud” tomada en su sentido genérico. Así pasa con varios deportes y deportistas, ciertos cultos religiosos y valores espirituales, incluso con la medicina y terapias alternativas, y faltarían más cosas por nombrar. Pero un verdadero acercamiento e identificación con África habrá de llevar algún tiempo y, ante todo, una paciente labor pedagógica que todavía está en sus inicios.

Para volver nuevamente a la tesis extrema de la absoluta originalidad de la “cultura negra”, es fácil rebatirla remitiéndonos a los hechos, incluso etnográficos. Tenemos a la vista una multitud de bailes de tambor con sus instrumentos y movimientos claramente relacionados con sus regiones de origen en el Continente Madre; rasgos y complejos tanto tangibles como intangibles también de incontestable procedencia transcontinental; inclusive reminiscencias lingüísticas e idiomáticas a veces muy evidentes: –casos de Brasil y Cuba– pero igualmente en Venezuela, aunque en menor proporción. Si bien todo ese acervo se ha venido transformando en su nuevo medio, sería

contrario a cualquier evidencia negar su íntima conexión con el África Subsahariana.

Sin embargo, para nosotros el verdadero problema estriba en la actitud subjetiva, fanáticamente descalificadora y endorracista frente a su propio origen geográfico e histórico, de cierta población que niega admitir su afrodescendencia. Tal vez, la mejor forma de reconciliar con su procedencia a los menos radicales sería dándoles a entender que África, sus pueblos y culturas no son lo que ellos creen, sin quitarle por eso la corresponsabilidad en el holocausto esclavizador.

Más allá de toda polémica circunstancial, y esperamos que pasajera, tenemos que preguntarnos de qué modo podríamos sincerar nuestras relaciones como país y como pueblo con el Continente africano, en términos de colaboración y solidaridad entre los pueblos del mundo, especialmente los del Sur planetario. Todavía, visiblemente, un sector no despreciable de la población venezolana, en primer lugar aunque no solamente aquellos que se autodenominan portadores de una cultura negra –pero desligada de cualquier vínculo con África y con la Afrodescendencia– lleva al menos varios meses haciendo una serie de planteamientos, muy dañinos para nuestra causa. En un principio, dichas ideas pudieran haberse atribuido a una lógica diversidad de criterios y diferencias de énfasis en relación con nuestra compleja composición etnocultural. Mas a lo largo del incremento de la polémica, los proponentes de la cultura negra están llegando a unos extremos verdaderamente peligrosos desde todo punto de vista.

Ellos descalifican al Continente Africano, a sus pueblos y países, sus valiosísimas culturas e inclusive sus accidentes históricos, de una forma endorracista y xenófoba. Cualquier lector desprevenido podría llegar a la conclusión de que todo aquello es un engendro diabólico, una tierra maldita, un infierno sin redención posible, algo que ni siquiera los blancos más racistas se han atrevido a sostener con una mínima pretensión de seriedad: un Continente sentenciado por la Historia, desde el comienzo de los tiempos y para toda la eternidad. Para estos compatriotas, África está y siempre estuvo constituida por puros regímenes "tribales tiránicos", cuya actividad principal consiste en vender como esclavos a un alto porcentaje de sus súbditos a cambio de bienes suntuarios o de otra naturaleza. No hace falta ni insistir en que el término tribu –ya en desuso entre los mejores y más progresistas

científicos sociales— se emplea aquí en su acepción más genérica y despectiva: algo así como el *súmmum* del primitivismo y atraso, de lo cual no hay sino que avergonzarse. Sería como un retrato en negativo de la Humanidad.

Sin ignorar que África —a semejanza de otros Continentes— ha padecido incluso desde antes del Coloniaje europeo una cantidad de sistemas políticos simpatizantes o colaboradores con la esclavización de sus pueblos, es absolutamente inadmisibles reducir la realidad de gran parte del mundo a una obscena caricatura, por demás inhumana y ajena a todo criterio racional y ético. Hoy día más que nunca este Continente, el más expoliado por distintos imperialismos, víctima de deforestaciones despiadadas, hambrunas inducidas y guerras genocidas sin fin, requiere de nuestro apoyo y solidaridad. Por fortuna, nuestro gobierno actual ha promovido y afianzado relaciones diplomáticas y de otra naturaleza con varios países africanos, lo que pone fin a un mutuo aislacionismo y ostracismo de varios siglos.

Esto es un buen comienzo pero insuficiente, si Venezuela misma como sociedad no cambia su percepción ni despliega un acercamiento más afectivo y dinámico hacia unos pueblos y culturas íntimamente entrelazados con los nuestros. ¿Quién osaría negar que lo afroamericano no es igual a lo africano, que las comunidades afrodescendientes —las cuales fenotípicamente pueden ser e inclusive llamarse negras, sin atisbos de reticencia— han creado sus modos de vida específicos a partir de sus raíces africanas y otras influencias?. Tampoco es un misterio que nuestros ecosistemas americanos y una historia propia también han contribuido a una mayor diversificación. Pero nada de eso puede llevarnos a posturas intolerantes, fanáticas, racistas y xenófobas hacia los pueblos hermanos africanos que en forma creciente van luchando por lograr una mayor unidad —siempre dentro de las legítimas diversidades y diferencias— intracontinental y también intercontinental, especialmente con los países del Sur, término más preciso y actualizado que el de Tercer Mundo. Sin duda alguna, es preciso debatir y seguir deliberando; quedan en pie muchos problemas y malentendidos que sólo el diálogo bien llevado puede superar. Por eso seguiremos invitando a los amigos proponentes de la cultura negra que se sienten junto a nosotros a las mesas de discusión e intercambio de ideas. En rigor, no hay nada más fácil que mantener un permanente coloquio respetuoso y fructífero, siempre que exista una voluntad y un deseo subyacente; tal vez no para llegar a un acuerdo omnímodo, pero sí tratar de convivir en los mejores términos,

enriqueciéndonos a medida que agreguemos y desagreguemos diversos planteamientos y matices.

Desde ahora podemos asegurar que un investigador honesto no debe sentir temor ante estudios que evidencian, en forma pormenorizada, la participación de algunos o quizás muchos regímenes africanos en el brutal holocausto de la esclavitud. Más bien nos sentiremos liberados conociendo la verdad de los hechos, a través de la actuación de los protagonistas más destacados de la historia africana; para saber a ciencia cierta cómo han ocurrido los acontecimientos que condujeron finalmente a la realidad en que todos vivimos y convivimos. Lo inaceptable es la generalización de la condena para cualquier tiempo y lugar en dicho Continente, la culpabilización de los africanos dominados y oprimidos junto con sus dominadores, además de la negación y satanización de las al menos centenares de culturas africanas, en tanto contribuciones de primer rango a la historia y acervo universales. Tampoco estamos negando –como ya se ha dicho– la irreductibilidad sociocultural de los descendientes de africanos esclavizados; por lo que nos sentimos seguros de que una vez despejados los elementos e indicadores referentes a la participación de África y los africanos en el crimen de la esclavitud, podrían reducirse al mínimo los signos de aversión o suspicacia que persistan todavía hacia la tierra originaria.

II

Otro tema que se viene ventilando, con cada vez mayor frecuencia, es la pretendida división que conceptos como afrodescendencia e indianidad podrían crear eventualmente en el seno de la población venezolana, y el peligro imaginario de secesión que ello implicaría para nuestro Estado. En este punto es indispensable, hasta imprescindible, citar nombres y apellidos porque ni siquiera Don Quijote fue capaz de luchar contra molinos de viento. Hay que decir con claridad que se trata de intelectuales “orgánicos”, aparentemente muy pero muy revolucionarios y partícipes del proceso –aunque el segundo se ha venido distanciando- quienes se denominan don Luis Britto García, don Luis Fuenmayor Toro, entre otros tantos. Ellos nos acusan –a los pueblos y comunidades originarios, afrodescendientes y sus aliados– de separatistas y perturbadores de la unidad y soberanía nacionales. Resulta, sin embargo, que los únicos divisionistas son ellos. Indios y negros americanos nunca han desintegrado absolutamente nada.

Es una triste verdad, pero hay quienes continúan insistiendo en que la reciente visibilización, el mayor conocimiento y reconocimiento de los aportes y culturas de los afrodescendientes van contra los intereses de la unidad de la República, de la Venezolanidad como tal con su Soberanía matediversidades. Esto es simplemente una mega-provocación que no hace más que incomodar y poner en estado de estresamiento injusto e innecesario a indígenas, afrodescendientes y a toda la población auténticamente progresista del país, incluso a quienes nos consideramos verdaderos socialistas y revolucionarios. ¡Por Jesús, Yemanyá y Júpiter, cómo se les ocurre persistir en la pretensión colonialista de que en nuestros países sólo lo europeo y lo hispánico es lo que cuenta, lo demás es miasma y basura!. Tal conducta constituye la quintaesencia de lo que hace muchos años vengo llamando racismo cultural: indios, negros, blancos, morenos, son según ellos aparentemente iguales en su dotación genética, con la curiosa excepción -absolutamente incomprensible- de que tan solo el blanco europeo es capaz de crear y desarrollar verdaderas culturas dignas de permanencia histórica y hablar idiomas propiamente tales, con riqueza gramatical, léxica y estilística. Para ellos, lo demás debería ir al basurero de la historia, a fin de que los pueblos "no-blancos" terminen blanqueándose y mestizándose en lo político y sociocultural. Mas el desencuentro no se reduce sólo a eso. A estos colegas se les ha respondido –yo entre varios– en múltiples oportunidades, pero ellos se encierran en su mutismo infranqueable que cierra el acceso a todo diálogo. La realidad, características y alcances de la afrodescendencia se les ha explicado en distintas versiones y tonalidades. A lo cual los colegas, en lugar de respondernos, comentarnos, refutarnos, matizarnos o en su defecto darnos la razón, pasan por encima de los argumentos incómodos a manera de una aplanadora John Deere. Es decir, para ellos probablemente somos mudos o idiotas. Reiteramos que en tales términos no se polemiza ni se conversa.

A manera de ejemplo de lo aquí ventilado, repasemos los planteamientos y sus contenidos en un artículo de prensa del Ex-Rector Luis Fuenmayor titulado "¿Racismo o clasismo?", Últimas Noticias, 10 de agosto 2011. Estos merecerían, sin duda, comentarios más extensos; no obstante ante la necesidad de enfocar lo esencial en el debate, preferimos traer a colación una serie de argumentos, que en un momento más holgado apuntalaremos con mayores detalles, sin aspirar a lo definitivo e irrefutable dada nuestra condición de seres humanos. Confiamos, sin embargo, que esta rápida

enumeración alcanzará a suscitar un debate esclarecedor, que en el momento actual está todavía en sus comienzos.

1. El profesor Fuenmayor concentra esfuerzos en tratar de convencer a sus lectores de que el pueblo venezolano es mayoritariamente mestizo y criollo, restándole toda importancia a cualquier otro componente poblacional, en un afán reduccionista para el que sólo cuentan los grandes números. Quizás y sin quizás, él y sus compañeros de lucha sostienen que amerindios, afrodescendientes, eurodescendientes y otros venezolanos que no entran en ese esquema deberán en un futuro próximo asimilarse a dicha mayoría, sembrando en el camino algunos rasgos “folclorizados”, en cualquier caso banales e inocuos de su anterior presencia histórica: ahí estriba la esencia de la afamada pseudo-teoría vasconceliana del “hombre cósmico”. Antes de continuar creemos importante aclarar algo respecto del propio gentilicio criollo como tal.
2. Es cierto que originalmente el término "criollo" –utilizado por Fuenmayor en su escrito– se refería solamente a los blancos-blanquitos nacidos de padres europeos. Como dice el colega, dicho vocablo más adelante se fue extendiendo a la mayor parte de la gente nacida en nuestro Continente, predominantemente mestizos. Lo que vengo criticando hace años es el error en que caen muchos habitantes de este país –muy especialmente los comunicadores sociales– de tender a reducir la acepción de la palabra a los "venezolanos por nacimiento"; frente a otros pueblos latinoamericanos y caribeños que igualmente ostentan esta denominación con legítimo orgullo y arraigo histórico, como por ejemplo peruanos y argentinos, aunque no exclusivamente ellos. El "criollismo" tanguero bonaerense de Carlos Gardel ha hecho escuela. Por decir lo menos, también me parece estafalario en un campeonato de béisbol o baloncesto, referirse a un juego entre Venezuela y República Dominicana como a una contienda entre "criollos" y dominicanos.
3. Fuenmayor insiste machaconamente en que toda referencia a las comunidades y culturas afrodescendientes y amerindias tienen por base un pensamiento racista y, más que eso, cierta ideología de pureza racial. En nuestro conocimiento nadie ha esgrimido seriamente tales ideas biologicistas, y así lo hemos sostenido una y múltiples veces, hasta el cansancio y el hastío. Pero no importa, reiteremos la aclaratoria. Las diferencias llamadas "raciales" se fundan en minúsculas diferencias

genéticas pero existen; y lo que es mucho más relevante, no hacen mella en absoluto en la inteligencia y capacidades de las personas de diversos linajes. Más bien diría que, al despojarnos de nuestros habituales prejuicios, la escala cromática de los colores cutáneos viene siendo algo estéticamente muy hermoso, hasta insustituible; y sobre todo un buen exponente de la diversidad antropofísica en el seno de nuestra especie. Las tipologías mestizas se inscriben legítimamente dentro de esa variabilidad que nos enriquece.

El tópico de las culturas es de otra naturaleza, distinta e irreductible a los hechos de índole biológica. Cuando hablamos de cuarenta y tantas culturas indígenas en Venezuela, no nos estamos refiriendo a razas ni a pureza racial, sino a hechos, manifestaciones, conocimientos, idiomas, valores y otras particularidades muy específicas, que por fortuna se niegan a desaparecer y más bien se refuerzan por obra de la tesis de la Diversidad Cultural. Es muy bueno y, sobre todo, significativo que ocurra así porque está demostrado con creces que la globalización de una supuesta megacultura eurocéntrica –ya sea capitalista o aun socialista del siglo XX (sic)– conduce inevitablemente a la crisis planetaria, y tal vez a la destrucción definitiva al menos de las especies biológicas, comenzando por nosotros los humanos. Por ejemplo, mientras exista la cultura yanomami –con los necesarios cambios adaptativos que requiere el mundo contemporáneo– estarán bien protegidas las fuentes del Orinoco; mas si se cometiese la locura de desalojarlos de su medio, explotar salvajemente los recursos minerales de la región y fundar algo así como una Ciudad Cipriano Castro en el mismo lugar, podríamos tener la certeza de que en pocos decenios los descendientes de explotadores y explotados, capitalistas y socialistas, banqueros, obreros y campesinos, es decir todos los habitantes del país y tal vez del mundo, estarán condenados a perecer de hambre, sed, asfixia y otras calamidades convergentes.

Este mismo razonamiento es aplicable –una vez hechos los cambios y ajustes necesarios– a toda la riquísima gama de la sociodiversidad venezolana, entre cuyos exponentes se cuentan igualmente las comunidades afrodescendientes de Sucre, Guayana, Barlovento, Litoral Central, Aragua, Carabobo, Yaracuy, Falcón, Bolívar, el Sur del Lago de Maracaibo, y otras cuya totalidad sería imposible enumerar en tan corto espacio. Son conmovedoras, entre tantas otras, las luchas ambientalistas y culturales de los habitantes de Osma, Birongo, Ocumare de la Costa, Campoma, Macuro,

Güiria y, muy especialmente, los prístinos pobladores afrodescendientes – ahora reorganizados en un barrio en Maracay– que habían tenido que abandonar Turiamo ante una orden arbitraria del dictador Pérez Jiménez, cuando éste dispuso la construcción de una base naval en dicho sitio.

4. En cuanto a una presunta dicotomía entre “racismo y clasismo”, el “pensamiento complejo” de Edgar Morin –y muchos otros que lo precedieron y siguieron– nos permite distinguir en el manejo de categorías tales como racismo, clasismo, xenofobia, machismo, patriarcalismo, homofobia y varias más, aberraciones complementarias pero no mutuamente excluyentes. Todo lo contrario, parecen más bien perfectamente compatibles con las actitudes de la gente predispuesta a la discriminación y al odio moralmente injustificados. Daré un ejemplo adicional. Un señor de obvio origen extranjero me comentaba que no le gustaba para nada la palabra “musiú”. Y agregaba: algunos criollitos me quieren meter el cuento de que me lo dicen por cariño y cierta exquisitez; mas yo no lo siento así. Si me adoran tanto, aplíquenme otro calificativo, quizá uno más bonito.

En forma casi idéntica, términos como negro, mulato, incluso zambo, pueden expresar diferentes valoraciones y actitudes, pero son múltiples y variados los estudios que apuntan a connotaciones y muchas veces hasta denotaciones racistas, sin que esto excluya un clasismo concomitante. Uno de los comentarios más corrientes que se oye en los barrios es cuando algún parroquiano expresa que “fulanita se casó con un blanco para mejorar la raza”: y lo afirma muy en serio. Sin alargar la lista de vocablos discriminatorios, también preguntaría si al hablar –a veces llenos de ira y odio– de “gringos” o “yanquis” nos referimos también a Walt Whitman, Noam Chomsky, a la mismísima Eva Gollinger, o a las decenas de millones de afrodescendientes y latinos que moran en ese poderoso país del Norte.

5. Me parece un poco contradictorio insistir por un lado en la casi obligatoriedad de abolir y desusar términos como raza o los referentes a diferencias biogenéticas de cualquier especie, mas al mismo tiempo seguir insistiendo hasta la saciedad en que “los venezolanos somos en un noventa y pico por ciento mezcla de blancos, indios, negros y ahora de asiáticos de distintas procedencias”. Y si esto fuere así, ¿los que por x motivo estuvieran fuera de ese porcentaje –y además los que no nacieron en el

país– merecerían por ello un trato discriminatorio?. O en un sentido más lato, ¿los venezolanos, latinoamericanos o cualquier conglomerado humano no tienen derecho a establecer y afianzar en su país una diversidad de culturas y hablar distintas lenguas, siempre y cuando con ello se busque la hermandad entre los colectivos, el enriquecimiento mutuo, el respeto y la tolerancia?. ¿O seríamos más radicales todavía abogando por la abolición de las diferencias, hasta ahora legítimas y evidentes, entre las mismas personalidades individuales, buscando una suerte de robotización?. Creo modestamente que nada se gana y mucho se pierde al tratar de reducirnos a un sólo patrón de conducta o esquema de pensamiento. Como dijo el poeta Efraín Hurtado, la identidad es una y múltiple. Y esto no tiene nada de paradójico, como tampoco la dialéctica y la polidialéctica. Todo ello se encuentra ínsito en la realidad, y por tanto merece respeto.

III

Hechas estas consideraciones sobre la Afrodescendencia vista desde distintos ángulos, para concluir centrémonos ahora en otra faceta de suma trascendencia. África como Continente y conjunto de países culturalmente emparentados –en especial la subsahariana– aún no se ha encontrado a sí misma. Sus Estados exhiben marcados rasgos eurocéntricos, para no hablar del todavía fuerte reemplazo de los idiomas africanos por los de los ex-colonizadores europeos y el consiguiente discurso occidentalizante. Fue muy conmovedora una intervención reciente del ex-Presidente de Ghana Jerry John Rawlings, quien dramatizó de modo convincente la incomunicación y los códigos extranjeros alienantes cuando en política local africana y otros temas hipersensibles se siguen utilizando idiomas como el inglés y el francés. Esto contribuye, entre otros efectos perniciosos, a perpetuar y profundizar la vergüenza étnica aún a flor de piel en todos estos países, junto a su estatus neocolonial a punto de ser engullido y rematado por un neoliberalismo cada vez más feroz y en no pocos casos mortífero.

En este punto nos sentimos obligados a expresar cuando menos nuestra extrañeza –todavía corregible si se procediese con prontitud y determinación– cuando desde Venezuela nuestro Gobierno propone, correcta y justicieramente, la creación de un Instituto de Altos Estudios Africanos, pero sin hacer mención en absoluto de los idiomas –tanto mayoritarios como minorizados– que coexisten en este Continente. Frente a ello ratificamos que

no hay ninguna posibilidad de fomentar políticas de verdadera liberación para el África Subsahariana sin abordar y estudiar a fondo la complejísima situación socio-antropolingüística de todos estos países: pero en modo alguno para ver en el multilingüismo un obstáculo o rémora —como corrientemente se hace— sino, al contrario, un conjunto irremplazable de valores de suma trascendencia sin el cual África perdería toda su especificidad. Por eso vuelvo a llamar la atención de toda la comunidad afrodescendiente y de los pueblos africanos con el objeto de considerar seriamente —con miras a su solución legítima— esta realidad tan obvia, que sería demasiado irresponsable ocultar de nuevo bajo la alfombra de una falsa mundialización.

Se comprende que África no pueda aislarse del resto del mundo, pero sí debería asumir políticas mucho más pluri e interculturales basadas en su propia historia e identidad profunda. Ello es igualmente válido para sus descendientes que viven en la amplia diáspora americana y mundial. Está cada vez más claro que las tendencias globalizantes y neocoloniales ocasionan el mutuo alejamiento y desconfianza entre ambas vertientes poblacionales y sus universos socioculturales; por lo cual es indispensable una amplia labor informativa, de acercamiento recíproco y acciones intercontinentales como por fin efectivamente comienza a suceder.